

Pedagogía del león: violencia y autoridad teórica en la educación de las nuevas derechas

Laura Victoria Martínez | Universidad Pedagógica Nacional

Este escrito propone reflexiones sobre el contenido y el método discursivo que en el debate público se denomina “libertario”, una categoría de identidad política atribuida al partido fundado por Javier Milei, hoy presidente de la Nación. Se titula en relación a un animal en particular, el león, porque también ha posicionado su discurso público en torno a esta figura, reproducida durante la campaña electoral y los primeros meses de su gobierno mediante un sistema de propaganda en redes con imágenes creadas por inteligencia artificial. En ellas se suele escenificar batallas épicas contra sus adversarios políticos. Observando en su conjunto, el orden de discurso libertario se carga tanto de verbos de exterminio en relación al Estado —con la figura de la motosierra— como con las metáforas de sometimiento sexual contra mujeres y niños que durante años Milei ha repetido en sus intervenciones públicas. También la escuela, y en general la educación pública, aparece en sus apasionadas declaraciones sobre el “adoctrinamiento”, término que había introducido el vocabulario del partido de Mauricio Macri en períodos anteriores. En los últimos meses esta categoría pasó a ser parte de léxicos cotidianos en escenas contenciosas dentro de las instituciones educativas, pero también en mensajes, discursos y posicionamientos en redes sociales que visibilizan puntos de vista de jóvenes y adolescentes. Es pensando en las adhesiones amplias a este posicionamiento —o visto de otro modo, la tolerancia inédita al tono incendiario en un candidato a presidencia— que interesa comprender más allá de la superficie desencajada, más allá de las imágenes disruptivas con las que busca la atención de quienes lo escuchaban. Porque si bien Milei siempre se presentó desde afirmaciones con alto impacto discursivo, su palabra pública ganó lugar combinando violencia verbal con nociones teóricas, citas de autores, interpelaciones al saber experto y reciclado de dogmas neoliberales traducidos al lenguaje popular. Esta combinación de recursos interpeló a muchas personas en general y a muchos jóvenes en particular. Partiendo de la educación entendida en sentido amplio, más allá de la escuela y las instituciones educativas, propongo abordar categorías y representaciones extendidas como condiciones de posibilidad de algunos significados que ganaron terreno y analizo el método que combina violencia verbal y teoría como parte de los proyectos educativos de las nuevas derechas.

› 1) Del tiburón al león. La crueldad económica en el acumulado histórico de (pre)juicios morales

A medida que avanzaban las elecciones, se multiplicó la difusión de análisis sobre el alcance de las palabras de Milei en amplios sectores sociales, con cierto énfasis en sujetos específicos como jóvenes, varones, trabajadores precarizados de aplicaciones. Artículos como el de Semán y Welschinger¹ reconstruyeron anticipaciones sobre la fuerte llegada del discurso de Milei en muchos sectores, desde ideas como la interpelación a los emprendedores y el Estado como principal responsable de la imposibilidad de crecer económicamente. Asimismo, resaltaban que se “rechaza el componente emocional y subestima la prédica explicativa” de Milei, la cual logró, según los autores, “conectar con un número creciente de experiencias colectivas”. En principio se reconstruye la forma en que la economía narrada conectó con malestares, percepciones y demandas desatendidas, ángulo de mirada que requiere mirar muy de cerca las condiciones materiales de la vida cotidiana y la desigualdad expresada en múltiples formas. Sobre esta conexión también escriben Cavallero y Gago,² remarcando las “racionalidades” que se construyeron en estas condiciones de posibilidad para una adhesión a este discurso. Dicen Semán y Welschinger que “los libertarios podrían hacer suya la frase de Thatcher, pero a la inversa”; no es que se intenta por medio de la economía desarticular las nociones de estado de bienestar, sino que “Milei busca cómo método conectar con un alma popular que ya cambió”. Quizá la más fuerte de las representaciones que se atribuyen a este movimiento, es la idea de “ruptura” total que, de acuerdo con muchos analistas, está expresando Milei; pero si expresa ruptura, es importante no obscurecer las continuidades en las que se apoya. La creciente difusión de nociones sobre mérito, esfuerzo individual e inevitabilidad de recorte del Estado forman parte del repertorio de acciones que crecen en el marco de la oposición y co-construcción al kirchnerismo como una de las salidas institucionales luego de la crisis del neoliberalismo en 2001. Estas nociones que contraponen una moralidad individual frente a una acción estatal que promueven desorden moral forman parte del contenido de los discursos públicos de “cambio” cultural y su proyección como discursos educativos, que resumí en 2016 como “la pedagogía del tiburón” (Martínez, 2016). Allí reconstruía, además, el marco de ataque discursivo a la categoría de los derechos, como parte de una avanzada ideológica y de organización de ideas que trascendía ampliamente el mapa de partidos, en centros intelectuales de derecha, la multiplicación de libros contra “el populismo” y las consignas de altos empresarios contra la “inflación de derechos”.

Allí planteaba también la centralidad de escuchar la conexión entre el ataque discursivo a los derechos y la explicación de clasificaciones morales (“vagos” o “planeros”) como aspectos indisociables, ya que son las categorías morales un aspecto fundamental de la manera en que las personas construyen conocimiento y sentido sobre los derechos. En dicho proyecto cultural parecía perfilarse una forma pública específica de hablar sobre trabajo: el lugar de enunciación jerárquico resumido en la verbalización de órdenes como “vayan a laburar” o “agarrá la pala” y la utopía no declarada de formar a las nuevas generaciones para que sean tiburones del mercado. Esto no implica suponer un vocabulario ajeno a los esquemas de percepción común o que las personas reproducen acríticamente discursos, sino que las nociones que se construyeron activamente desde abajo fueron conectadas y traducidas de manera estratégica por determinados sectores políticos. Si se busca abordar las ideas de ruptura y comprender las lógicas implicadas en ella, ello no es posible sin integrar las rupturas a procesos más amplios, historizando en nuestro tiempo reciente politizaciones estratégicas del malestar social. Como tuve

¹ <https://www.revistaanfibia.com/11-tesis-sobre-milei/>

² <https://www.tiempoar.com.ar/generos/paso-2023-un-analisis-feminista-del-rugido-del-leon/>

la oportunidad de señalar en ese momento, 2016, el trabajo de campo permitía acercarse a la construcción cotidiana de nociones y clasificaciones morales sobre los destinatarios de las políticas públicas, categorías usadas incluso por los alcanzados por dichas políticas. Así, por ejemplo, en la cotidianeidad se construían condicionalidades más amplias que las que preveían las propias políticas, se establecían clasificaciones de mayor o menor merecimiento de una política. Advertir la politización estratégica de conceptos que se forjan en la vida social es algo indispensable para develar el sentido que adquieren demandas sin desconectarlas ingenuamente de sus condiciones de producción. Porque al acumulado social de nociones morales sobre la acción del estado se ha articulado un conjunto de malestares sociales vinculados a las regulaciones impuestas por el marco de pandemia, tal como lo resume la apropiación generalizada, a finales de 2023, del eslogan libertario respecto a la libertad contra la presencia del Estado, que operó como un significante tan amplio que se lo llenaba de sentido tanto en relación a los impuestos como a las restricciones a la circulación y hasta la política sanitaria de vacunación. Este es un marco conceptual común de la acción de las ultraderechas en todo el mundo y descuidar este aspecto es desentenderse de la economía política de distribución de significados contra la figura de “el Estado”.

Quiero destacar que el lenguaje de juicios morales ofrece un esquema elástico para legitimar antes discursos políticos y hoy acciones de gobierno. Tal como se instaló en 2016 “el curro de los organismos de derechos humanos”, hoy el vocero presidencial justifica el cierre del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, y la eliminación del lenguaje inclusivo en el Estado por “las políticas de género como negocio de la política”. Una estrategia activa de repetir categorías de desvío moral, como “curros” o “ñoquis” que no trabajan, expresa una gradual y sostenida apropiación cultural del léxico popular, que mira de abajo para arriba, pero usado de arriba para abajo. De hecho, la categoría de identificación “ñoqui” pasó a ser protagonista de la ola de despidos en el Estado como artilugio de legitimación, aunque los criterios utilizados se destaparan por la palabra de los propios despedidos. Resulta la hora de ver a muchas personas que apoyan la política de despidos, pero al mismo tiempo posicionándose en desacuerdo con sus propios despidos, por ser ellas mismas, o conocidos o familiares, personas que trabajan, es decir que no son “ñoquis”. Con esto quiero destacar cómo las categorías morales ordenan la justicia de los hechos hasta que la afectación en primera persona desestabiliza la capacidad explicativa de la bifurcación moral que divide lo justo de lo injusto. Por qué interesa pensar lo moral para comprender de qué están hechas algunas adhesiones y posiciones. En principio, porque la reflexión teórica contemporánea sobre los derechos no deja duda sobre la relevancia de la moralización de la política en distintos niveles, tanto en la implementación cotidiana de los derechos, como en la manera misma en la cual se definen las políticas públicas, como analiza Didier Fassin (2016) para los refugiados, desocupados y migrantes en Europa. A nivel de la cotidianeidad, podríamos decir que las formas de significar los derechos se construyen desde las definiciones morales más generales, los enunciados de deber ser y la división básica entre lo que está bien y lo que está mal, lo que se percibe como injurioso, lo que se considera objeto de reclamo y fundamentalmente lo que se define como merecimiento y necesidad legítima de una persona o grupo. Estas concepciones son indisociables de lo que se significa como trabajo o esfuerzo. Una sedimentación amplia en el tiempo tiende a desconocer los tipos de transferencias de ingresos (llamados “planes”) del universo de prácticas de trabajo no formalizado, no reconocido, no nombrado o asumido únicamente como “desvío” de un modelo clásico de trabajo. Al mismo tiempo se asiste a la erosión de las reivindicaciones respecto de mundo laboral formal, invirtiendo como privilegios a los derechos laborales y educativos largamente luchados: se trata de la difusión sistemática de puntos de vista jerárquicos y su sedimentación en los ámbitos cotidianos.

Subrayo que las nociones que definen socialmente qué es y qué no es trabajar son cuestiones clave para la disputa política con estas representaciones sociales largamente instaladas, que hacen, además, al reconocimiento

de los saberes y experiencias múltiples sectores sociales que quedan por fuera de formas de representación políticas encauzadas institucionalmente: sindicatos, empleo registrado, etcétera. Entiendo que este dilema se vincula con lo que Elsie Rockwell (2012) destaca respecto de asumir la pluralidad de saberes asociados a la fragmentación y dinámica de las clases trabajadoras en este momento histórico, condición indispensable para preguntarnos sobre las experiencias de construcción de conocimiento con o en los movimientos sociales.

Si bien hasta aquí quise dejar en claro lo que observo como continuidades, es momento de integrar la mirada sobre el estilo más específico de Milei y lo que su identidad partidaria expresa, ya que la conversión del tiburón en león se asocia a un salto inédito en la violencia verbal admitida en políticos y candidatos a presidente en Argentina. Un salto discursivo combinado con citas de escuelas teóricas, apellidos de economistas y la difusión de conceptos disciplinares de la economía.

› 2) Violencia verbal y formato APA

Hace un tiempo vengo planteando que un aspecto central de las lógicas con las cuales se construyen las adhesiones al discurso de Milei es la manera en que interpela a sus oyentes mediante la pretensión de autoridad teórica.³ En redes sociales se expresan posicionamientos de jóvenes estudiantes universitarios que afirman que “sabe” o que para entenderlo “hay que estudiar”, al mismo tiempo que muestra una foto de cálculos matemáticos en un manual de economía. Menciona numerosas citas a referentes de “la escuela austríaca” de economía en entrevistas televisivas, difunde citas exactas de definiciones teóricas sobre “la tasa de interés” en redes sociales y como contestación a cuestionamientos públicos de otros políticos que no fueron expresados en términos teóricos. Esta apelación al saber experto también parece ser un recurso continuado en los primeros meses de su gestión. Ante planteos sobre la caída de muchos indicadores sociales responde “estoy haciendo lo que dicen los libros”. Era esperable que muchos economistas se pronunciaran sobre la falta de rigor, la descontextualización y forzamiento de conceptos, que además se ponen a circular en medio de imágenes morales que Milei produce en esos mismos contextos de interlocución. Su discurso combina la pretensión de autoridad teórica y los sustantivos y adjetivos de impacto moral: “aberración” (hablando de la justicia social), o de introducción de conceptos en posiciones morales como contra el aborto como delito agravado por “el diferencial de fuerzas”, o de verbalización de imágenes morales inéditas en el discurso público sobre la figura del Estado como “organización criminal violenta”. En una entrevista radial, un periodista le pregunta si está a favor de la venta de niños: responde que hay un “libro maravilloso”, cita a un autor y un premio Nobel. El recurso al saber experto combinado con frases temerarias, como la venta de órganos o de niños. A pesar o más allá de sus intenciones, implica una pedagogía de confusión que combina nociones de impacto moral con el recurso clásico de los neoliberales de utilizar el saber experto económico como clausura de posiciones políticas (el gasto y el déficit son cuestiones de números, no de decisiones sobre intereses de grupos concretos). La agitación de la idea de crisis como antecedente de doctrinas de shock económico neoliberal es algo que es importante seguir recordando y no es incompatible con atender a las racionalidades que se construyen ante escenarios de profunda desigualdad social, exclusión y deterioro de las condiciones de vida de millones de personas —es decir, las crisis y graves deudas realmente existentes—. Implica no renunciar a preguntarse por la forma en la cual desde distintas fracciones de los sectores

³ <https://marcha.org.ar/teoria-moral-y-confusion-en-el-discurso-contra-los-derechos/>

dominantes se interviene ideológica y pedagógicamente en la politización del conocimiento de sentido común, los malestares, demandas y contradicciones.

Los contenidos de la ultraderecha global se difunden a través de una serie de métodos de destrucción de los consensos democráticos y la producción activa de información que se asume como falsa por el emisor, pero se presenta como verdadera. Si los debates sobre la denominada posverdad, los negacionismos y teorías conspirativas exceden por demás el foco de esta nota, no es posible omitirlos como parte de una estrategia que sólo avanza a través de la combinación de distintos estilos y recursos retóricos. Por otro lado, la potencia de su llegada en generaciones jóvenes no puede reducirse a la producción activa de léxicos y categorías propias basadas en premisas falsas, información falseada, inverosímil, inteligencia artificial, aunque todos estos métodos formen parte del repertorio de herramientas de la ultraderecha global. Y me dediqué a subrayar la pretensión de autoridad teórica porque es un aspecto directamente vinculado con la pretensión pedagógica del discurso libertario. Voy a pensarlo en dos dimensiones igualmente importantes: el componente antifeminista del discurso libertario, el cual ofreció un marco estable de referencias conceptuales en el contexto de la búsqueda sin suerte de desautorización teórica y política de los feminismos; y el ataque en general a la educación y el discurso de derechos.

› 3) La pretensión teórica del marco libertario como pretensión pedagógica. Dos dimensiones

3.1- El libertarianismo como antifeminismo

El discurso de Milei implicó un salto en la violencia discursiva contra nosotras, las mujeres, pero también contra los niños/as. Son de público conocimiento fuentes audiovisuales que documentan cómo, desde hace por lo menos cinco años, Milei imagina escenas de violencia sexual contra niños y mujeres, y las usa como "ejemplos" para hablar de economía en medios de comunicación, como la frase del Estado como "pedófilo en el jardín de infantes". Ha utilizado también escenas de violación a mujeres como sinónimos de categorías económicas. Por otro lado, niega públicamente que existan los femicidios (o sea, niega que hay violencias específicas que sufren las mujeres) y la brecha salarial de género, en el mismo contexto sociohistórico en el que le otorgaban el premio de Nobel en Economía a la investigadora que la demostró. A esto hay que sumarle que niega el cambio climático (en un país donde atravesamos una sequía que ocasionó pérdidas millonarias al campo), y sus ataques al trabajo científico institucionalizado a través de la figura del Conicet. Asimismo ha concretado acciones de plagio según denuncias de académicos internacionales, lo cual sugiere todo un estilo de desconocimiento a las regulaciones académicas y campos de saber formalizados⁴. Hasta aquí se observa la tensión entre una pretensión de autoridad teórica que se despliega en contra de los criterios de ética intelectual consensuados en el ámbito académico. Pero otras consecuencias asoman al evaluar las posiciones de sus candidatos en las elecciones nacionales, ya que el partido político creado por Milei significó traer al poder político a candidatos que expresan tolerancia y complicidad social y educativa con los abusos. Su candidato a vicegobernador en la provincia de Buenos Aires, Francisco Oneto, es defensor predilecto en causas de violación, en el marco de las cuales ha llegado a afirmar

⁴ En medios nacionales: <https://noticias.perfil.com/noticias/politica/javier-milei-y-sus-plagios-la-investigacion-de-noticias-que-dio-vuelta-al-mundo.phtml>; e internacionales: <https://elpais.com/mexico/2023-11-17/la-historia-detras-del-plagio-de-milei-a-tres-cientificos-mexicanos.html>, https://www.elconfidencial.com/mundo/2023-11-15/milei-argentina-plagios-murcia-guirao_3773725

ante periodistas que una niña abusada estaba mintiendo. La vicepresidenta, Victoria Villarruel, propone controlar la Educación Sexual Integral (ESI) y sólo impartir contenidos de biología como eufemismo que trafica la desautorización de la mirada prevencionista y con perspectiva de derechos que promueve la ESI. De hecho, valga recordar que, en las afueras del bunker de campaña de Milei en las elecciones generales, se veía a una agrupación de varones reunidos con una identificación común “contra las denuncias por abuso”. Esta apertura a la ambigüedad en la condena social y pedagógica de los abusos guarda relación entre el salto verbal misógino y la tolerancia a la crueldad contenida en las ideas políticas de desamparo. Los discursos de crueldad se traducen en prácticas. A meses de su ascenso a gobierno, lo que queda de este discurso incendiario es mucho y se traduce en decisiones políticas con consecuencias evitables para la vida de terceros, como la interrupción de la entrega de medicamentos para pacientes oncológicos según consta en testimonios documentados por la prensa nacional e internacional⁵. Junto con la suspensión de entrega de alimentos a comedores populares, se trata de algunas acciones emblemáticas de lo que ya muchos sectores definen como políticas de crueldad, de retiro de la ayuda básica y urgente a las porciones más vulnerables de la sociedad.

La introducción y legitimación del proyecto de Milei también provino de personalidades que promovían la violencia discursiva contra minorías y comenzaron a adherir públicamente al partido libertario, como varones jóvenes que son *influencers* antifeministas de Argentina. Se viene planteando también en este sentido la relación estrecha del discurso libertario con lo que en el análisis sobre contenidos digitales se denomina manófera, una esfera digital masculina centrada en la reproducción de discursos misóginos y antifeministas. Si por un lado esto se considera un fenómeno global, diversos análisis destacan la conexión entre estos activismos en Argentina y la difusión de las plataformas libertarias, que proveyeron de una identidad común a muchos jóvenes —no exclusiva pero centralmente varones—, un proceso que Magdalena Chirom ha reflexionado como contrapuesto a la hipervisibilización de la militancia de las adolescentes y jóvenes en la lucha por el aborto legal años anteriores⁶. En este marco, la imagen de potencia viril que difunden sus seguidores en redes pertenece a un marco conceptual misógino que se expresa hasta en proyecciones estéticas. Danila Suarez Tomé y Natalí Incaminato analizan este aspecto de la construcción identitaria de las nuevas derechas al analizar las transformaciones en la forma de los rasgos faciales, la distorsión del tamaño de la musculatura, la forma del mentón y otras adecuaciones estéticas a través de las que imaginan superioridad masculina⁷. Se trata de una línea de prácticas de activismo digital que ha continuado luego de las elecciones, ya con el presidente en ejercicio, que a su vez revalida dando *retuits* y respuestas de aprobación a este tipo de imágenes. Pero también, y sobre todo, en los primeros meses de gobierno ha persistido en incorporar o validar términos injuriantes para minorías (como “mogólico”) y validar mensajes de sometimiento sexual como metáforas de triunfos o derrotas políticas, en algunos casos con imágenes explícitas de mujeres en posiciones sexuales. Expresión sintética de estas articulaciones entre nuevas derechas, misoginia y validación digital es la participación del magnate Elon Musk, dueño actual de la red social *Twitter*, mediante la celebración del discurso de Milei en un foro económico internacional con una imagen de placer sexual de un varón sobre una mujer, pero a través de las palabras incendiarias del mandatario en Davos contra el Estado y los movimientos feministas⁸. ¿Por qué es relevante notar estas nuevas dinámicas como tema para lo educativo? Porque forma parte de los consumos culturales de

5 <https://www.perfil.com/noticias/economia/recortes-en-salud-siguen-sin-llegar-medicamentos-para-cientos-de-pacientes.phtml>; <https://www.dw.com/es/pacientes-oncol%C3%B3gicos-sin-remedios-en-argentina/video-68423277>

6 <https://oleada.com.ar/la-contrarrevolucion-de-los-hijos/>

7 <https://ecofeminita.com/backlash-antifeminista/?v=5b61a1b298a0>

8 <https://www.eldestapeweb.com/sociedad/javier-milei/que-se-esconde-detras-del-meme-sexual-de-elon-musk-sobre-milei--20241200551>

los adolescentes y jóvenes y no pueden escindirse del universo de las experiencias formativas que transitan, entre las cuales está la escuela. De hecho, se trata de procesos que vienen propiciando una serie de presiones sobre las escuelas, como señalan Inés Dussel y Manuel Becerra⁹. Presiones que reconstruyen contextualizando el protagonismo creciente de las tecnologías en el día a día de la escuela mediante la generalización de las tecnologías como el smartphone, pero también por el ataque a la figura de la educación y los docentes que el discurso de Milei promueve mediante pretendidas denuncias de “adoctrinamiento”. Si bien este término es usado respecto de determinados contenidos, como la ESI, las políticas de memoria verdad y justicia, entre otros, es muy relevante notar los cuestionamientos *indirectos* a la currícula. Al escuchar el marco de referencias conceptuales de Milei, la diatriba antifeminista es parte de la desautorización de todo un conjunto de presupuestos sobre la democracia argentina y el conocimiento científico-disciplinar contenido en los lineamientos escolares. Por ahora, los asaltos indirectos a nociones escolares alcanzan principalmente al conocimiento sobre lo social. Milei ha reproducido cuestionamientos verbales a líderes políticos que simbolizan el retorno de la democracia (Alfonsín), instaló la repetición ahistórica y descontextualizada de doctrinas políticas (“Irigoyen es contaminación socialista”), periodizaciones falsas (“setenta años de peronismo, cien años de decadencia”) y un lenguaje de odio político surgido en el contexto de ascenso del fascismo (“el comunismo es una enfermedad”). Esta repetición dogmática —que nunca es puesta a contrastarse por acuerdos intersubjetivos de principios de rigurosidad, verdad, no contradicción— produce activamente confusión histórica y pone a circular una lectura plana y ficcional del siglo XX y de la historia argentina. El punto de vista que trafican estas nociones es el de determinadas parcialidades políticas: tanto el adjetivo “zurdo” como el ataque verbal al “comunismo” constituyen reposiciones del lugar de enunciación de los actores políticos que generalizaron estas adjetivaciones contra declarados enemigos políticos —la dictadura militar argentina en los años 1970, el nazismo en las décadas de 1930 y 1940—. En este esquema de pensamiento la categoría “democracia” es experimentada con ajenidad, como en las entrevistas en las que le preguntan si “cree” en la democracia y Milei no responde. Por esto no es posible omitir que el discurso libertario contra la educación es parte de una misma lógica de asalto conceptual, es decir de desautorización epistémica de los marcos categoriales con los que se enseña y se afirma la democracia argentina, a 40 años de su reapertura. En resumen, son cuestiones importantes para traer a la superficie el inconsciente político (Jameson, 1981) de este discurso. Observamos en estas posiciones políticas el desacople de contratos discursivos basados en ciudadanía, democracia o incluso las retóricas de tolerancia y respeto por la diversidad, producto de concesiones y estrategias de regulación surgidas en momentos anteriores. Hoy, las ultraderechas parecen expresar, entre otras cosas, el agotamiento de los “buenos modales” del poder económico en el capitalismo tardío.

3.2- El ataque a la educación en derechos

Inicio de clases, marzo de 2024. Milei habla como presidente en el colegio secundario en el que se formó, dice delante de los adolescentes que “la educación pública es un mecanismo de lavado de cerebro”, habla de “contenidos rojos” de los diseños curriculares e intenta una broma ante el desmayo de uno de los alumnos que escoltaba la bandera diciendo que “nombrar el comunismo siempre trae problemas”. Por esos días en la red social Twitter, una adolescente publica una foto leyendo un libro de uno de los candidatos más jóvenes de Milei, Ramiro Marra; dice que es con el objetivo de discutirle a su profesor “zurdo”. Le llegan respuestas y comentarios de aprobación

⁹ <https://www.gloriayloor.com/dar-clases-en-la-era-milei/>

y rechazo, en mi caso comparto la publicación preguntándome “¿Qué interpelaciones a la autoridad adulta, a la autoridad del saber, que tensiones está expresando este planteo?” Y es que es importante preguntarnos por las condiciones de posibilidad para que estas categorías de identificación estigmatizadas sobre la docencia, pero también sobre el pensamiento de izquierdas, sean apropiadas por las y los adolescentes. Por el momento no tengo una respuesta, pero sí sostengo la relevancia de abordar estos posicionamientos desde una posición de pregunta y subrayando dimensiones de contexto de surgimiento de estas nociones.

Por un lado, y lo primero, no se puede tomar estos discursos separándolos de las plataformas y objetivos políticos de quienes los difunden hasta en formatos variados y familiares para los jóvenes. Durante enero circulaba en redes una ilustración de un joven policía pegándole —en el contexto de represión— a un docente en protesta, acusándolo de haberlo adoctrinado con “contenidos zurdos”. Estos puntos de vista que legitiman la represión y el control por la presencia de conocimientos indeseables se difunden especialmente en distintos soportes digitales usufructuados exitosamente por las nuevas derechas (o ultraderechas) y llegan a instancias de medidas políticas de prohibición de contenidos, como en EEUU. Los ejes de contenidos usualmente atacados se dirigen a los contenidos con perspectiva de género, los derechos de diversidades y los materiales antirracistas. Sin embargo, aquí también vale recordar el acumulado social del uso de la categoría adoctrinamiento, que no es nuevo: fue introducido en el discurso público de dirigentes políticos a partir del liderazgo de Macri, y por lo tanto su sentido local permite definirlo como un término de uso partidario cuyo objetivo es controlar el discurso pedagógico y sus traducciones políticas. Para el discurso libertario debería agregarse además la referencia constante por parte de sus seguidores de “una batalla cultural” que libran, especialmente contra símbolos de reconocimiento de los derechos (de género, de diversidad, de memoria y democracia, la Educación Sexual Integral) que, valga la pena recordarlo, forman parte de los lineamientos educativos reconocidos en múltiples normativas vigentes y contenidos. Todas estas preocupaciones están en los libros y los materiales audiovisuales que produce hace años la derecha local, con algunos exponentes jóvenes como Agustín Laje, en *podcasts y streams* (transmisiones en vivo). Esta red de financiamiento de ideas de ultraderecha nos exige primero situar la acusación del adoctrinamiento en su economía política de distribución, plataformas de contenido que además se mueven con un gran volumen de información falsa. Sin dudas el adoctrinamiento es una categoría de uso social que nada explica de las dinámicas de interacción concretas de la escuela o las instituciones de educación superior; no hay internalización pasiva ni control vertical en los términos que supone el adoctrinamiento. Su uso (como sustantivo, como verbo, como adjetivo) pertenece al orden de las categorías sociales que sostenidamente han introducido actores políticos singulares en el discurso público y por lo tanto su análisis es indisoluble de los efectos de sentido que se buscan al nombrarla. Pero, me interesa advertir que, aún desde presupuestos falaces sobre los procesos educativos, tal vez se está interpelando a los jóvenes en relación a cuestiones nodales, como los saberes legítimos (¿cuáles son?, ¿quiénes y cómo deciden cuáles son?) o su punto de vista sobre las posiciones de autoridad con las que interactúan (el profe “zurdo”). No subestimaría la potencia de un lugar de enunciación que le habla a los sujetos de aprendizaje mientras busca cuestionar los consensos legitimados en el conocimiento formalizado, se trata de un marco más amplio que hemos visto en acción especialmente a partir de la pandemia.

En segundo lugar, convierto estas inquietudes en una pregunta por la educación fuera de las instituciones educativas, aquella que transcurre en cientos de horas de *Youtube*, *Tik Tok*, y otras redes: ¿es hora de asumir seriamente a estos actores en la pregunta sobre quiénes educan a los adolescentes? ¿Cuánto sabemos sobre estos actores y sus objetivos declarados y no explicitados? ¿Cómo experimentan los jóvenes las interpelaciones y discursos políticos que los construyen como destinatarios, protagonistas, objetos de una acción institucional

supuestamente verticalista y autoritaria? Desde el conocimiento docente, como plantean Dussel y Becerra¹⁰, esto ya constituye un tema de debate y reflexión sobre criterios de trabajo en el aula, como la relevancia de ampararse en los lineamientos vigentes, la normativa nacional e internacional que respalda los contenidos trabajados, en especial respecto de temáticas que adquirieron sentido contencioso más recientemente. Si bien este es un aspecto fundamental, podríamos agregar que la mención de la normativa constituye en sí misma un dilema a problematizar, teniendo en cuenta que hoy los lineamientos educativos, son atacados desde cuestionamientos inéditos a normativas de la democracia. Mientras las y los docentes son convocados a sostener el contrato democrático en las aulas, políticos y representantes del congreso ponen en cuestión hasta la obligatoriedad de la escuela primaria, como el ahora diputado libertario Benegas Lynch: “por si un padre necesita que su hijo trabaje en el taller”. Un sector de las clases dominantes parece haberse desenganchado del contrato republicano moderno en Argentina. En 2017 se preguntaba Ricardo Bussi como candidato en Tucumán “¿para qué quiere una chica de La Cocha saber matemáticas si ella va a trabajar la tierra?”. Continuidades e ideas persistentes de retorno de todas las jerarquías coloniales, que ahora adquieren otro alcance porque quienes las enuncian, están dentro de la conducción misma del estado nacional.

Ahora bien, surgen algunas preguntas escuchando las múltiples voces —de las cuales soy parte— que contestan estas declaraciones y los ataques a la democracia y los derechos. Ejercicio aquí un desplazamiento para mirar los derechos, no desde los actores que los cuestionan sino problematizando cómo se asumen desde posiciones en defensa y reivindicación. Primero, evocando algunas reflexiones surgidas del trabajo en la escuela y en ámbitos de formación docente. Las tensiones y dilemas en los modos de interpretar los derechos atraviesan tanto a las experiencias escolares de los jóvenes como a las vivencias de los y las docentes, esto no es una reflexión novedosa pero sí aporta explicitarlo y enfatizarlo como presupuesto que tensiona la mirada normativa. Esto constituye, a mi entender, un punto de partida en cualquier investigación, pero un aporte específico de la mirada no prescriptiva que puede aportar la etnografía. En relación a esto traigo el conocimiento acumulado desde esta perspectiva sobre los sentidos paradójales que adquieren los discursos de derechos porque esto es algo especialmente pertinente para entender escenas cotidianas. Si hay algo que la investigación en aulas pone en evidencia es la no linealidad de los posicionamientos de los estudiantes, su “incorrección política” y la complejidad de resistencias y apropiaciones respecto de los discursos democráticos que promueve la escuela. Esto también es algo que amerita ser pensado como parte de dichas paradojas y de la complejidad de los procesos sociales en los cuales los derechos, como discurso legitimado, son contestados desde abajo, en este caso en el marco de situaciones educativas. También tengo presentes efectos paradójicos que las mediaciones de autoridad y las regulaciones de convivencia imprimen a la enseñanza del respeto de la diversidad y la sanción contra la discriminación. Por ejemplo, he advertido en el trabajo etnográfico cómo estas premisas tienden a ser interpretadas en la escuela en términos individuales y se alejan del sentido que estas regulaciones adquieren para los colectivos que han luchado por la inclusión en las instituciones. Estas tensiones y dilemas son un punto de partida teórico y formativo que debemos seguir explorando para fortalecer los procesos de transmisión y apropiación de los repertorios conceptuales e históricos en los que cobran sentido los marcos de derechos.

Un segundo punto, más allá de la escuela: a modo de hipótesis arriesgo que las paradojas constituyen un tema central para reapropiarnos y reactivar la potencia del discurso de derechos. Imaginando un diálogo con los

¹⁰ <https://www.gloriayloor.com/dar-clases-en-la-era-milei/>

sectores, activismos, organizaciones, partidos, etcétera, que sí reivindican los derechos como un marco conceptual con el cual pensar y proyectar sus acciones. ¿Cómo se defienden los derechos en la discusión pública?

No es una novedad el planteo de distancias entre los registros ideales que implican los paradigmas de derechos y las condiciones estructurales y materiales de vida en las cuales se escuchan esos discursos. Sí tal vez se ha discutido poco cómo esos ordenes se perciben como contrastes y contradicciones por muchas personas; cómo se generan condiciones de posibilidad ¿semántica? para que un discurso cargado de violencia verbal hacia el estado sea interpretado en diálogo, es decir, conecte con la percepción concreta que construyen muchas personas en su interacción con las instituciones estatales. El carácter paradójico del discurso de derechos aparece de forma traficada en posiciones políticas que buscan su destrucción como regulaciones (o sea buscan destruir el deber ser que expresan los derechos), tal como escuchábamos días antes de las elecciones en el ballottage: largas horas de espera en hospitales, miles de personas sin vivienda, necesidades básicas insatisfechas, *¿de qué derechos hablan?*

Este ataque al lenguaje de derechos, a su condición de reivindicación política de una figura de Estado, no es nuevo: en todo caso, los elementos de ruptura deben leerse en este particular momento y su acumulado social específico, signado por la postpandemia y la activación de sectores políticos de oposición a medidas de control sanitario (o más bien, la politización estratégica de percepciones y malestares sobre la acción estatal en la sociedad). Para pensar en una clave propositiva, es necesario seguir haciendo preguntas: cómo logra —o no— ser disputada una noción de derechos. Pensar por ejemplo en la provocación pedagógica de Milei candidato preguntando “¿qué tiene de malo que una empresa contamine el río?”, con una respuesta de responsables institucionales de Obras Sanitarias de la Nación, activistas y organizaciones militantes: el agua es un derecho. Ante una pregunta que provoca, una contestación declarativa. Las preguntas pueden ser provocaciones pedagógicas originales, a favor o en contra de los derechos, y sobre esto tenemos que seguir pensando, posibles respuestas, contrapreguntas. Por otro lado, buena parte de la teoría social sobre los derechos asume hoy en día, los alcances y límites de las perspectivas institucionales como marco analítico. Se puede plantear la pregunta sobre su implicación en los horizontes dirigenciales y de funcionariado, en sus articulaciones con tipos de movimientos y demandas.

¿Ofrecen los derechos un marco importante para repensar en las propias debilidades, la fragmentación de acciones, posiciones, debates no saldados? Mientras los derechos constituyen un lenguaje privilegiado con el cual se defienden posiciones políticas y se contesta a las avanzadas de las derechas, menos evidente es su capacidad para dotar de orden conceptual a las críticas de lo existente y la puja por construir alternativas. Planteo aquí una hipótesis sobre cierto desacople entre el uso reiterado del discurso de los derechos en los discursos políticos y la desarticulación de referencias conceptuales, teóricas e históricas en las que se anclan, y que le dan sentido como modo de nombrar las desigualdades, las injusticias, los repertorios colectivos de acción, los mundos posibles y deseables. Desde aquí me interrogo por los límites que encuentra el discurso de derechos para interpelar a nuevas generaciones, los problemas de formación teórica que imponen las lógicas activistas hiper identitarias y el terreno fértil que encuentran los marcos de derechas para administrar confusión ideológica a gran escala a través de internet.

Conocer las diversas formas en las que se perciben y construyen socialmente los derechos es condición para calibrar la manera en la cual intervenimos públicamente en su defensa. Para esto entiendo indispensable convertir las paradojas en un dilema educativo y formativo, lo cual es también asumir cierto malestar en la

imaginación política —conceptual de las posiciones en defensa de los derechos. Un analizador de esto es que las críticas a los feminismos no se recortan en las plataformas de la derecha y está en cuestión permanente su aporte a proyectos de mayorías democráticas, se dicotomizan las problemáticas de género en oposición a las desigualdades de clase, se recortan como problemáticas simbólicas las cuestiones de género: la desautorización teórica del feminismo y el antirracismo, por ejemplo, va más allá de las nuevas derechas y alcanza a posiciones autoidentificadas desde la justicia social. En resumen, son preocupaciones y dilemas sobre el marco político de los derechos: sus usos como discurso, su valor como plataforma común, su horizonte conceptual. Preocupaciones en la búsqueda de revitalizar la discusión pública sobre los derechos, entendidos como legados históricos en defensa de la democracia y como posibilidad de activación de una potencia transformadora. ■

› Referencias

- › Fassin, D. (2016). *La razón humanitaria*. Prometeo
- › Jameson, F. (1981). *The Political Unconscious: Narrative as Socially Symbolic Act*. Cornell University Press.
- › Martínez, L. (2016). Pedagogía del tiburón. Meritocracia y estado en la utopía neoliberal. *Boletín Antropología y Educación*. Año 7, Nro 10, 57-60.
- › Rockwell, E. (2012). Movimientos sociales emergentes y nuevas maneras de educar. *Educação & Sociedade*, 33, 697-713.